

41 xulio
agosto
setembre 1973

GRIAL

DOMINGO GARCÍA-SABELL: *Doutrina xeneral da personalidade.*

M. RODRÍGUES LAPA: *A recuperación literaria do galego.*

ANTOLÍN FARALDO: *Artigos de "El Recreo Compostelano".*

JOSÉ CARLOS GONZÁLEZ: *Dimensión. Comentario sobre o poeta.*

ÁLVARO CUNQUEIRO: *Comezando por un morto.*

X. LANDEIRA YRAGO: *Viaxe Sentimental por Galicia do autor de "El viaje entretenido".*

CARLOS CASARES: *Lería con Eduardo Blanco-Amor.*

VIGO

ARTIGOS DE ANTOLIN FARALDO

II

EL CRISTIANISMO EN SU FORMA SOCIAL

Nosotros, nada hemos creado. Nuestras instituciones han sido establecidas ya por esa vieja sociedad que apresuradamente desmoronamos como un monumento funesto que nos llena de temor y desconfianza. Los adelantos sociales que envanecen a nuestros contemporáneos son creaciones del siglo XVI que ha hecho esfuerzos gigantescos para hollar lo establecido. Los predicadores de la liga arrojaron desde el púlpito terribles invectivas contra la monarquía y han engendrado aquellos furiosos apóstoles del siglo, que llamaban al soberano de la Francia *vere ille antechristus, crudelis hyena*. El dogma que en las catacumbas salvará la verdad religiosa sin proyectos atrevidos y con sola su forma divina, en la boca de los predicadores de la *santa liga* abrazó un principio político y tomó una tendencia reformadora. La Biblia y el Evangelio se unieron para emancipar al pueblo escudándose con ellos talentos que absolvían el regicidio y peleaban contra la soberanía como creación de Satanás. Una revolución política cubierta con un velo religioso se propagó por la Francia y por la Europa; revolución que presagiaba la ruina de la monarquía y de las creencias. Con las palabras de Moisés y las predicaciones de Cristo se sancionaron actos violentos, y un clero sabio y turbulento, sin separar nunca la causa de la humanidad de la causa de Dios, puso en manos de Jacobo Clemente y Ravaillac los puñales que abrieron una huella profunda en el edificio del feudalismo. Si en el siglo XVIII el pueblo corría desde las tribunas a atacar el palacio de Luis Capeto, en el XVI iba desde las iglesias a las plazas a quemar la estatua de sus reyes.

Las revoluciones del siglo de Henrique 4.^o admiran por el pensamiento religioso que en ellas domina y porque en ellas han labrado la dicha de las masas, creyendo sostener el trono de Gregorio 7.^o. La libertad penetró en la celda del abad y en la gruta del cenobita y se comunicó al pueblo por entre los confesionarios y desde los púlpitos; si joven e inexperta asesinó en nombre de Dios, si el dogma se manchó con la sangre de un S. Bartolomé, la unidad política y religiosa quedó afianzada y el cristianismo severo e inflexible hasta entonces en su marcha cedió a los instintos de los pueblos. La espada de los príncipes alcanzó para la humanidad sus derechos. Ardientes sacerdotes y genios emprendedores ya con el nombre de Lutero, Calvino o de Stork, se sublevaron contra los reyes y sucesores de Alejandro 6.^o popularizaron la libertad por medio de revolu-

ciones religiosas preparando las terribles oscilaciones sociales del siglo pasado. No deslindándose la teocracia de la religión y confundiendo a Roma con el Cristianismo, nació esa duda que mata acallando el sentimiento y apagando la fe. Afianzados los tronos, roto el feudalismo y desvanecido el prestigio monástico, el siglo XVII embebido en pensamientos sólidos, se lanzó al mundo del cálculo negando hasta las verdades escritas en el corazón de todos los hombres. Alguna voz se oyó para combatir a su siglo, pero fue muy débil.

Fenelón ha dejado diseñada una moral pura, humanitaria y civilizadora; moral que se desenvolvía por el amor y está expresada por la fraternidad. Vislumbró al poder del Romano Pontífice hollado por una generación incrédula, y comprendió que los abusos y la barrera, que con unos principios demasiado excéntricos al hombre ponía la iglesia a la humanidad, ocasionarían la confusión de tantos elementos de ventura como tenía en sí misma; predijo que la tiara de S. Pedro vacilaría sobre las sienes de sus sucesores. Inspirado por lo pasado reconoció la soberanía de la razón, dejó libre al corazón humano sin ahogar los sentimientos y amó al evangelio... Pero después de la *caridad* de Fenelón vino Voltaire y Rousseau: y Chaumette y Chabot presentaron a los representantes de la Francia *una diosa de la razón*. Con furor excéptico el siglo XVIII se reveló contra la fe de sus padres exclamando por boca de Conforcet con brutalidad impía: *marchemos a Roma y quememos el Vaticano*. Proscribió el dogma y las formas más sencillas del culto y aquella filosofía que poco antes se arrastrara al pie de los tronos orgullosa con el triunfo se ensangrentó con lo pasado; cerró el libro sagrado y lo arrojó a la hoguera que ardía en las plazas consumiendo las obras maestras de la antigüedad. Espantosa fue la apostasia: el obispo de París, Gobel, depositó la mitra y el báculo en el seno de la Convención, negando la misión del sacerdocio ¡escandalo terrible!, mas la palabra que en los primeros siglos rompiera las cadenas al esclavo, triunfó otra vez. Levantóse un joven educado en las revoluciones y con un alma creyente cruzó la virgen América; la sublimidad de aquella naturaleza gigante engrandeció su fe, proponiéndose restaurar la verdad religiosa. Visitó la ciudad de los Profetas y el sepulcro de Leónidas, y lleno de confianza en sí mismo emprendió una obra que aún no se ha concluido. Chateaubriand hermanó *todo lo que Atenas tiene de más bello y todo lo que Sión tiene de más grande*; hizo sonar la lira colgada en el Partenón y la lira del sepulcro del Dante y con el GENIO DEL CRISTIANISMO y LOS MÁRTIRES, habló por la religión antigua y por otra religión del siglo. Encendió la lámpara de la fe, y desnudando a la tradición de ropajes rasgados por el tiempo ha hecho con ello en todos los corazones un lugar para el sentimiento cristiano.

El siglo XIX se ha presentado, como Moisés en el Sinaí al pueblo hebreo, resplandeciente con el rayo de la fe sobre la frente. El apóstol cantor de los *Mártires* ha hecho cristiana a la Europa y el Evangelio lleno de juventud abandonando su forma política, pasajera y variable con los tiempos se ha fortalecido en su forma social, fija y eterna. Desde que el cristianismo elevado por la filosofía, no tuvo bastardas pretensiones y se hermanó con la libertad, todos se han arrodillado ante la cruz. La palabra del anunciado por los profetas resonó fuertemente en el mundo, y la fraternidad cristiana, base de la sociedad futura, penetró en todos los corazones como principio

eminentemente social y civilizador. Los grandes filósofos se han consagrado a concluir la obra santa, y esta cruzada de restauradores de la fe sin ceñir la espada de Godofredo de Bouillon, con solo la palabra, han deshecho al ateísmo. Lamennais, Drovineau y Lamatirne, maestros y directores del nuevo movimiento religioso - social han persuadido a las naciones que todas las verdades civilizadoras buscadas hasta aquí fuera de la religión, han nacido y se han agrandado y establecido por el cristianismo.

Comprendido el dogma y unido a los principios sociales como maravillosamente acontece, ¿llegará un tiempo en que se realice para la humanidad la profecía de Jesucristo, que hace veinte siglos ha dicho: "que ellos sean UNO, Padre mío, como vos y yo somos UNO?"

Num. 13 de "El Recreo Compostelano", pág. 201

ESCUELA HISTÓRICA (Artículo último)

Resplandeciente como una antorcha es el genio de nuestros filósofos: y la luz vivísima que ellos arrojan sobre todo cuanto toca con su pensamiento hace brillar a las letras como los témpanos de hielo entre los rayos del sol de mediodía. Estos sabios obreros del edificio del pensamiento que con sus escritos han pretendido manchar la memoria de osadas inteligencias que en las épocas sucesivas de la revolución intelectual resonaban en las universidades y en los concilios con sus discursos en latín y corrían las ciudades con espada en mano y el rosario a la cintura a la cabeza de un pueblo siempre dispuesto a castigar al poder: han pretendido espiritualizar los acontecimientos, divinizando lo material y resucitando una metafísica más fecunda en resultados que la de la edad media, porque es más progresiva y más social. En medio de ella ha aparecido esa nueva escuela de académicos que sin tener las virtudes de Platón, cruzan la Europa con su pensamiento histórico que fecundando el entendimiento revuelve el polvo de los monumentos y desentierra los huesos de nuestros padres para buscar el germen de la verdad existente siempre, nunca oscurecido aún en los días de sangre y de desgracia.

Nuestra pluma ha delineado ya el carácter de estos artistas del nuevo templo literario y ahora pretende manifestar un gran bien que han hecho al mundo batiendo la historia sobre el yunque de lo pasado.

La religión y la política, los dos acontecimientos sociales de más trascendencia, más fecundos en resultados, arrojados siempre delante de las olas de las generaciones pero sobrenadando a las convulsiones de los pueblos, hallaron siempre corazones dispuestos a cambiar y alterar sus consecuencias y aplicaciones. Deslumbrados por su genio y ambiciosos de una corona que pocas veces ciñe las sienes de los innovadores levantaron su voz, —que rara vez fue débil— para interpretar a su modo las verdades morales grabadas en el alma de los hombres por el buril de la naturaleza. Las sectas religiosas, las escuelas filosóficas, los reformadores, los falsos profetas, los que se decían inspirados de la divinidad todos se apoderaron de la virtud y del dogma para presentar a la humanidad el

cuadro de sus leyes y de su nueva doctrina, y desfigurando las verdades sociales y las máximas de la iglesia corrieron los pueblos en todos los siglos removiendo lo existente y combatiéndolo como origen de todos los males. La teosofía y el misticismo y la exaltación y el delirio se unieron estrechamente para imponer su yugo al mundo, y por cierto, que los acontecimientos de hace diez y ocho siglos derivan de las sectas y de las escuelas. Por mucho tiempo les faltó la espada de hierro de Guttemberg que tanto pesa en la balanza de los destinos sociales, y por eso, cuando los reformadores la vibraron el triunfo se puso a sus pies sin muchos combates. Pero antes de este portentoso descubrimiento de las orillas del Rin, los instintos libres y el sueño de las mejoras aseguraba la victoria de los reformadores e insensiblemente cada año con la vuelta de las aves emigradoras se descubría para los pueblos un nuevo principio que aceleraba su marcha deslumbrante. Con el turbante del filósofo de la Meca cubrió su cabeza la mitad del género humano, porque Mahoma rompió los lazos de las pasiones y sancionó los placeres; del mismo modo la voz de innovadores atrevidos halló eco en todos tiempos entre las almas exaltadas y deseosas de una felicidad que les llenaba de entusiasmo en la boca de sus profetas. Las sectas y las herejías son los *mojones miliarios* de la historia humana desde que la palabra cristiana se oyó en las calles de Atenas hasta la escuela del Rin que proyecta la restauración de lo pasado en lo útil y en lo grande.

¿Las herejías y las sectas representando a la historia moral de la humanidad en todas sus fases habrán ejercido un influjo primordial en el problema de las sociedades? Esto lo ha resuelto la escuela histórica: despreciando vanas opiniones de escritores apasionados, no se ha reido de esas grande concepciones, de esas sectas y herejías miradas como locuras del espíritu humano por hombres de todo punto preocupados. Interesante y variado considera al estudio de las distintas opiniones que han invadido el dogma y las leyes de Roma, admirando sus prodigiosos efectos en el espíritu de cada siglo modificado y alterado por cada nueva secta; verdaderas asociaciones políticas que a la luz del día o en tenebrosas cavernas atacaban el poder real y el romano y hasta los principios del buen sentido y las costumbres más sociables. La filosofía nada ha olvidado por inútil y todo tiene un lugar especial en la historia; y la creación y el genio que se descubren en las herejías y en las sectas y tantos esfuerzos y tantos combates de pensamientos hacen ver realizadas en ellas las revoluciones modernas. Esta lucha incesante tomando por pretexto casi siempre principios religiosos es el espíritu liberal en pugna con poderes exclusivos e inflexibles que sólo alterando sus doctrinas podían minarse. Uno es el pensamiento, una la tendencia de tantos osados revolucionarios desde Sabelio que, contemplando desierta la Sinagoga se levanta desde la Tebaida contra la doctrina de Jesús, hasta San Simón, que realiza la emancipación completa de la mujer.

Todo tiene su colorido, su forma propia, sus maestros, sus prosélitos, sus mártires; también sus horcas y sus hogueras. La forma es variada: el pensamiento que está debajo de ella es uno sólo, porque siempre es la libertad. ¡Ah!, las sectas han sido la revolución.

En la pluma de los grandes talentos contemporáneos el examen de las herejías y de los herejes presenta un interés prodigioso no apreciado en ningún tiempo porque el soplo de la filosofía ni animaba las crónicas y los monumentos. Los personajes y sus aventuras,

la biografía y la crónica, la lucha de rancios hábitos y de sistemas ya extremadamente exajerados, ya ridículamente viejos, tolo lo raro, lo caprichoso, lo pequeño, lo grande, lo despreciable, lo sublime, se estudia, se ve, se palpa en las sectas y en las herejías, porque éstas son el espejo de los sentimientos humanos o extraviados o siguiendo el sendero de la verdad.

Junio, 1 de 1842.

Núm. 14 de "El Recreo Compostelano", pág. 213

UN PENSAMIENTO TRISTE

Como las hojas caen de los árboles en invierno, así las virtudes y los sentimientos se desprenden del corazón. El alma se gasta, se seca, y ninguna creencia ni moral la eleva sobre el cieno de la tierra, porque el rocío que una religión sublime derramaba sobre su cabeza en otro tiempo, cuando corría a la Palestina por besar un sepulcro o venía a Compostela por arrodillarse en la basílica a la primera oración, ya sólo vivifica y llena de vida algunos pueblos sencillos. Un vacío descarnado, triste, y sin consuelo en la desgracia, ocupa el lugar en que ardía la fe refulgente de nuestros padres: y la incredulidad y la duda que pulverizan el templo de Dios reinan en medio de una civilización bastarda, mentida y envenenada.

El niño ve la luz entre el delirio de la orjía, aprende a desfigurar sus sentimiento, reniega de la virtud, se nutre con el crimen, se le enseña a ahogar la verdad con rostro sereno, y ese rubor que eclipsaba el semblante del criminal ha desaparecido según hemos adelantado en saber. Marchita y estéril la vida del hombre de la sociedad moderna, sin dirigir una sola mirada al cielo, ni una palabra de consuelo al desgraciado atraviesa el día de la vida lleno de tristura y melancolía como el árabe del desierto que teme al chacal y al *semoun* que le enterrará en sus columnas de arena. Negros pensamientos anublan su frente y jamás sus labios deletrean la verdad. La virtud resuena en sus oídos como un eco, muchas veces reflejado y el interés y el sensualismo dominan esta Europa a la que sus corruptores le dicen que jamás ha sido tan grande.

¿Quién envenena la sociedad pisoteando la virtud y haciendo adorar el crimen? Terrible es el decirlo; pero una verdad triste se escala de nuestro pecho, porque en nuestra alma brilla aún la fe y es que los que deshojan el corazón de los sentimientos son los escritores y los filósofos, que continuando la obra de sus padres que murieron entre los terrores de la desesperación, encadenan el entendimiento con su talento deslumbrante. Triste en verdad es observar al genio corrompiendo el mundo y más triste aún publicar que la inteligencia se enloda en el fango de las pasiones sin más pensamiento que arrancar esa planta que creció en los pueblos en medio de las tempestades. El genio es como la serpiente que fascina al pájaro sencillo para devorarlo, y los hombres giran en su derredor hasta que como la mariposa que agoniza entre la luz que le ha deslumbrado, caen en el abismo de la duda, de la incredulidad, del ateísmo y del crimen. Los escritores a porfía desmoralizan los pueblos y pocas veces se levanta sobre ellos un Fenelón que alza su voz para defender

la conciencia y la moral de los ataques de la barbarie vestida de ciencia y engalanada con los atavíos del numen. Esa filosofía cínica y vacante atraviesa el mundo con la llama de su luz amarillenta y después que pasa un aliento seductor respiran todos los hombres.

¿Si el reinado de la filosofía es el triunfo del crimen sobre la virtud, no proclamaremos a los Atilas y Omars como los primeros amantes de la humanidad? ¡Triste pensamiento por cierto!

Núm. 14 de "El Recreo Compostelano", pág. 220

ESTUDIOS DE GALICIA

A mediados del siglo XV no se dirá que EL ÁFRICA COMIENZA EN LOS PIRINEOS...

Hondas y profundas meditaciones embargan el pensamiento y la imaginación del que inflamado por un destello de virtud que resplandece en su alma, mira a Galicia como su madre y como su patria. El que elevándose en alas del pensamiento a los siglos, mide el espacio que ha corrido este pueblo, donde el sol se duerme blandamente en los brazos del Océano como cantaba la lira del Tíber, radiante de gozo contempla un pasado heroico, rodeado de combates y de batallas, engrandecido con arranques de patriotismo y de virtud; un pasado de cultura y nacionalidad, en que las grandes palabras de patria e independencia se asociaban al nombre gallego. Mas; triste, muy triste, se abate el ánimo observando un presente de desgracias que enluta el alma y que hace caer la melancolía gota a gota sobre la frente, porque en vano se han amontonado acontecimientos sobre acontecimientos y el genio y la filosofía, después de un combate de siglos triunfaron de lo pasado, y levantaron de sus ruinas un presente lleno de juventud y de libertad. Las ideas del siglo XIX no han hallado culto en la tierra donde el sol se pone y los hombres que bajo su cielo respiran atraviesan el día de la vida, sin levantar la vista a lo alto, sin agitarse con los recuerdos de sus padres y sin divisar algo de majestuoso y de grande en ese porvenir que se cierne sobre las cabezas de los que creen y esperan...

El ídolo soberano de la época que se ha elevado siempre sobre las olas de las generaciones, no ha visto a sus pies rendir homenaje, entre las naciones, a la patria de Viriato. Desdeñosa se ha mostrado a la voz del siglo, que resonando fuertemente a las orillas del Sena y al pie de una fortaleza, hizo estremecer al león de S. Marcos y sonreír a la sombra de Kosciusko vagando por el Vístula: sorda a los cantos de triunfo de un pueblo virtuoso que resucitaba de la esclavitud, ha seguido su carrera de siglos sin pensar en sí misma, ni en lo que le rodeaba. Si alguna vez esfuerzos de banderizos le imprimieron un débil movimiento, osciló momentáneamente para volver a seguir el curso antiguo; la abyección y la miseria clavadas en sus entrañas la devoraron a su placer.

No obstante: *el ángel de los pueblos*, que enjuga las lágrimas de las naciones desgraciadas y derrama consuelos y esperanzas en las almas abrasadas de fe, infundió rayos de su luz en algunos hom-

bres que se sonrieron al presente y se sosegaron en el porvenir. Una década va corriendo Galicia desde que las semillas de la filosofía se derraman por su suelo y germinan y crecen; que no había de rebelarse por más tiempo contra la ley árbitra del mundo. Acontecimientos que se atropellan y que desmoronan grano a grano el edificio antiguo, vivifican y dan lozana vida a la nueva planta que se eleva en nuestro suelo. Aisladas se han dejado oír palabras grandes, frases encantadoras del siglo, y preparativos y ensayos de concepciones elevadas cruzan ya el horizonte de Galicia. Los pensamientos más sublimes de la civilización han hallado corazones donde abrigarse, y unos hombres de alma sencilla y virtuosa, dóciles a los impulsos del siglo como la flor que se mece en lo alto de las fortalezas, son los primeros paladines de la nueva cruzada, cruzada que si no cubre su pecho una cruz roja, enseña una oliva, símbolo de las nuevas creencias.

La generación que ha visto la luz cuando un hombre fementido engañaba a todo el pueblo de las Navas y Pavia, forma la escuela reformadora que se esfuerza por borrar la página que en los extranjeros ocupa nuestra patria. Maestros de la verdad que hacen fermentar en medio de las masas, y directores del nuevo movimiento a que dan impulso, los jóvenes gallegos son los predestinados para ornar su cabeza con esa corona de triunfo regada de algunas lágrimas y de alguna sangre. Colocados entre un mundo que expira y un mundo infante aún, que va a lanzar a una vida extensa, sin límites, son los medianeros entre la sociedad inteligente: sin ocultarse entre sepulcros como los reformadores de hace diez y nueve siglos van como ellos a difundir la sublime verdad que en breve se convertirá en un sentimiento general. La juventud gallega, pues, es para su patria la columna de fuego que alumbraba de noche a aquel pueblo virtuoso que buscaba libertad por entre las montañas de la Arabia; así como al *pueblo de Dios* no le ha faltado luz en su huida de los tiranos de las Pirámides, a Galicia no le faltan jóvenes que, estudiando el libro de la filosofía, han sabido hermanar la regeneración con la humanidad.

Galicia se engrandece en la religión de sus pensamientos; ha principiado a conquistar lo que buscaba fuera de sí y la razón y la inteligencia triunfan de la fuerza y de la soberanía de la espada. Ideas literarias, pensamientos regeneradores, derramándose poco a poco sobre todas las poblaciones, engendran un movimiento de asociación y un espíritu libre que se manifiestan ya de mil maneras, y predicen el extenso y grandioso porvenir que la juventud ha concebido y que se esfuerza en alcanzar. Rica y rebosando en elementos de grandeza y prosperidad, Galicia necesita un impulso general y en todas direcciones que desarrolle cuanto ha prodigado en ella la naturaleza a manos llenas, más avara con otros pueblos que la dejan rezagada en el camino de la civilización. Su brillante posición en la tierra para alcanzar que su espada haga pesar la balanza de los destinos del mundo: sus ricas y extensas costas, sus puertos numerosos, sus elementos para la marina, sus inmensos productos naturales, la variedad prodigiosa de sus terrenos, sus muchos ríos: las costumbres dóciles, sociables y creadoras de los gallegos, sus hábitos, sus sentimientos, sus recuerdos y otros mil y mil elementos de ventura y de pujanza que atesora; he aquí la base sólida sobre la que la juventud construye la obra del porvenir de Galicia. Nosotros,

que pertenecemos a aquélla, intentamos contribuir con nuestros esfuerzos a la *grande obra* de estos nuevos y generosos artífices, estudiando los elementos que tiene Galicia, y haciendo siempre aplicaciones a la *idea primordial* con la cual armonizaremos todos los elementos *sociales, políticos, literarios, comerciales, industriales e instintivos* de las cuatro provincias unidas que forman EL ANTIGUO REINO DE GALICIA.

Setiembre, 2 de 1842.

Núm. 18 de "El Recreo Compostelano", pág. 275

ESTUDIOS DE GALICIA, 2.º

VERDADES amargas murmuran nuestros labios sobre la situación y porvenir de Galicia, y un grito de dolor escala nuestro pecho, en que hierve el amor patrio, porque nuestro encanto es la desgraciada Galicia, a cuya felicidad hemos consagrado nuestros pobres talentos. Abatidos como el esclavo que arrastra la cadena, tristemente delinea nuestra pluma, lo que concebimos de grande y reformador para el heroico pueblo que algún día acarició a Numancia en su seno, donde supo morir antes que borrar el sublime pensamiento de la emancipación grabado en su pecho. Y porque mil obstáculos se levantan en medio de nuestra carrera, por eso valiente y fuerte haremos que suene nuestra voz, aunque condenada a perderse entre esa multitud inocente que nada la conmueve y que tampoco no escuchará. Engrandecidos con convicciones profundas, ningún temor atajará nuestro intento, y el porvenir ansiado será la estrella que despejará la senda a la que nos arrojamos llenos de confianza. Sí, ese rayo de luz que nosotros lanzamos en medio de la noche universal que reina en las poblaciones gallegas no despedirá ligeros resplandores, porque escrito está que las semillas engendradas por el talento, fructificarán, y llevadas por Guttemberg a las regiones del pensamiento, se derramarán como provechoso rocío sobre los hombres que crean; y entonces seguro es que el pueblo mismo levantará sobre su cabeza la verdad depositada en su seno. ¡Oh! y nuestra fe arde vivamente alimentándose de consoladoras esperanzas; y nos mecemos en el porvenir, como rodeados de encantos y de sublimes creaciones.

Las ideas y los sentimientos de nuestros compatriotas forman la base moral de la GRANDE OBRA. Inmenso elemento de fuerza que encierra la vida de las naciones más envejecidas, es el *instinto religioso* eminentemente desenvuelto entre los hombres del suelo gallego desde su primitiva existencia. Cuando los *druidas* eran sus magistrados y sus sacerdotes, se arrodillaban al pie de templos sencillos, formados sin adornos del arte; en la segunda época de la nación gallega, cuando la mano del arte; en la segunda época de la nación gallega, cuando la mano del progreso levantó ciudades, se reunió en los templos; ahora, lleno de religiosidad y de fe, visita su querida basílica y sus santuarios y sus romerías. El pueblo gallego se ha sentado siempre en el banquete de la religión y su frente se ha ungido con el óleo santo; el sentimiento religioso arde

ferviente en su corazón, sentimiento que por sí sólo es capaz de crear la unidad y la fuerza que tan al vivo representan esas Pirámides de cuarenta siglos, blasón eterno del poder teocrático.

El instinto religioso, que se pinta y se refleja en todas las acciones, tiene profundas raíces en la sociedad gallega, y modificado y dirigido por la filosofía, gran poderío encierra y sublime porvenir prepara. Mas, fuera del plan reformador los sistemas impíos y disolventes de la escuela enciclopédica y de la Convención; armonías sociales y religiosas, creencias sublimadas por el progreso intelectual, sencillas tradiciones sin fanatismo, doctrinas en fin de la *escuela cristiana* son sólo capaces de dirigir los sentimientos religiosos de los gallegos, al gran pensamiento de la regeneración en su orden moral y político. La revolución horrorizada de sí misma arrojó ya lejos de sí al ateísmo, y fuera de la tendencia del siglo se halla quien para regenerar, pretende destruir esas existencias y esos monumentos que edificaron las manos de nuestros abuelos, engrandecieron nuestros padres y debajo de cuyas bóvedas crecieron y oraron todos nuestros antepasados; compañeros de su infancia, de su virilidad y de su muerte, odio profundo les inspiraría, quien derribase esos templos y esos monumentos, expresión de la religiosidad gallega. Hermanar las ideas religiosas y elevarlas a la grande altura a que debieran hallarse esas creencias y esos instintos, cumple sólo a los reformadores y es el círculo de sus trabajos. La unidad religiosa hará nacer esa gran unidad política que anhelamos, y la fuerza política y moral del pueblo gallego, sólida base hallará en sus instintos y en sus creencias. Los pensamientos religiosos dilatan el alma, la elevan y engrandecen; la inmensa idea de un ser fuerte hace sonar armónicamente las sublimes palabras de una patria y una nacionalidad esclarecida y pujante. El ramo de oliva que recoge el pueblo en los combates, corre a depositarlo en los altares nacionales, y se despoja de sus coronas para ofrecerlas a Dios.

Un pensamiento más que político, religioso, más que nacional, cristiano, hizo dar el grito de revolución a todo el pueblo gallego a principios de este siglo; arranques de civismo y heroicidades sin cuento han hecho brillar este santo movimiento popular, que hacía balbucear a los infantes los nombres de libertad y patria, y blandir el acero a ancianos moribundos. El pueblo venció; mas fue porque su espada la había bendito un sacerdote. Cultivar, pues, el *sentimiento religioso*, engrandecerlo, ilustrarlo y conducirlo por el camino del progreso, es afianzar con solidez uno de los elementos de granito que han de formar la organización de Galicia.

Rara y extraordinaria es, en verdad, la situación de las poblaciones en nuestra patria, pocos habrán observado que el aislamiento y la separación, la excentricidad y los privilegios forman uno de los tipos de la existencia social de los gallegos; y acaso entre todas las provincias de España sea ella sola, la que presente el ejemplo más vivo de la extremada división de las poblaciones, lo que será el rumbo de otro artículo. La gran unidad de fuerza que crean las ideas religiosas de un pueblo, no puede constituirse con un sistema político semejante; aquellas fiestas nacionales de Grecia y Roma, los espectáculos públicos que reunían numerosa gente en pequeños recintos, dando un grande impulso a la fraternidad, era únicamente lo que producía los hombres de Salamina y de

Cartago, y lo que ha hecho después, que los hijos del desierto volasen en sus corceles hasta el Pirineo. Así nosotros proclamamos para el porvenir de nuestra patria el dogma de la unidad religiosa; y lo proclamamos con tanta más convicción, cuanto el aislamiento entre las poblaciones y la falta de un cambio recíproco de ideas y de intereses, difíciles de apreciar en este momento, han sido la causa de la prostración y nulidad de Galicia que nosotros lloramos.

Suene, pues, la voz de la religión pura, de ese cristianismo del siglo XIX, de Bonald y Lacordaire, mas antes apaguemos la hoguera del fanatismo humeante aún, y rompamos ese círculo de hierro que hasta aquí separó al sacerdote del pueblo. Aliméntese con ardor esa llama creyente que arde en todos los corazones, y agrupando unos hombres a otros hombres, unos pueblos a otros pueblos, realizase la *gran unidad gallega*, no sacerdotal, sino cristiana, no teocrática, sino nacional; que hará que recobremos el cetro de los mares y que nuestro nombre sea un título de orgullo, de caballería, de nacionalidad y de cultura y entonces sí que nos llenaríamos de dolor al tener que exclamar imitando al filósofo de Ginebra: EN GALICIA NO HAY PATRIA PORQUE TAMPOCO HAY CIUDADANOS...

Núm. 19 de "El Recreo Compostelano", pág. 292

HISTORIA DEL CRISTIANISMO EN GALICIA. (Necesidad de ésta)

El siglo XIX se ha presentado, como Moisés en el Sinaí al pueblo hebreo, resplandeciendo con el rayo de la fe sobre su frente, hemos dicho no ha mucho. Epoca religiosa, que atormentada por los recuerdos del 93, se abrazó a lo pasado que corregirá sus extravíos; desde los claustros, donde admira al genio derramando la ciencia y la riqueza entre los pueblos, y labrando con ello su dicha, va a sentarse lleno de contento en los concilios, sin irritarse al oír furiosos anatemas contra Wiclef y el famoso *fraile agustino*, que recibió la chispa de su genio en el lecho de muerte de aquel artista gigante, que murió en Maguncia despidiendo una luz vivísima en la aurora de la Europa moderna. Firme en su fe, escucha los ayes doloridos de aquellos prelados que temen el porvenir de la Iglesia, cuyo sol llegó alguna vez a eclipsarse delante de las espadas castellanas dirigidas por un paladín francés, compañero de armas del caballero *sin tacha y sin miedo*. Se complace cuando ve quitar la tiara de la cabeza de sacerdotes obcecados y se arrebatada de gozo, si la religión deteniendo el brazo de los reyes y haciéndolos servir de escuderos al prelado de Roma, cubre con el manto del sacerdocio a los desgraciados y a los esclavos. Y por fin, cuando ve a la iglesia armada del rayo del Vaticano luchando sin descanso, con la espada de los príncipes, que robaron a sus pueblos; entonces en su corazón arde una veneración religiosa hacia los hombres grandes que formaban aquellas asambleas cristianas, que de siglo en siglo se han transmitido el depósito de la civilización y el porvenir de la humanidad; y venerando profundamente a lo pasado, asiste gustoso a la representación del brillante drama, que principió en las catacumbas, y terminó en la ciudad de Trento.

Los estudios históricos de las instituciones religiosas y de la iglesia, de los concilios y de los papas, se han elevado a la altura

de la crónica filosófica; y el poder religioso descubriéndose en cada acontecimiento, que se sucede desde Jesucristo hasta Mirabeau, así como su espíritu y su tendencia; los desenvuelve nuestro siglo, animándolos con su soplo filosófico y poniendo en manos de sus hijos más esclarecidos, el pincel que les da su colorido y su vida propia.

No había aún treinta años que dejara oírse en la tierra la palabra cristiana, cuando ya el apóstol de la tolerancia decía al nuevo pueblo: "el evangelio se extiende por todo el mundo, y fructifica y crece..." Y era verdad, que los predicadores de las nuevas ideas y de los nuevos sentimientos, que habían recibido de boca del sucesor de Moisés y que predecía a Mahoma, formaban ya en torno suyo una nueva sociedad y un nuevo pueblo, que se extendía prodigiosamente por la tierra, y hacía sonar acordes los corazones de muchos hombres, que despojándose de cuanto habían recibido de sus padres, apagaban todos sus sentimientos para asegurar el principio religioso de que eran fieles depositarios. El movimiento reformador iba creciendo; y trasmitiéndose de pueblo a pueblo llegó hasta tocar con las aguas del Océano, en donde mucho más tarde un hombre atrevido recogería la idea religiosa, para llevarla a otros pueblos más allá de los mares. Aquí, donde la virgen de los bosques cubierta de blanco e iluminando su rostro por la pálida luz de la luna, enseñara el *sagrado muérdago* y donde el sacerdote en sus misterios religiosos invocaba a Hércules y al Sol, pusieron su planta los hombres, que oyeran al gran reformador la sublime doctrina, que arrastraba tras de sí la multitud, sensible a los acentos de consuelo y de esperanza que exhalaban al morir los mártires de la humanidad, por entre los gritos de feroz alegría de un pueblo fanático; que besaba los pies de sus tiranos y sólo tenía osadía para escarnecer las víctimas en el anfiteatro.

Muy poco tiempo corrió desde que Jesucristo proclamó la completa disolución de lo pasado, y en Galicia se levantaron altares a Dios. El cristianismo penetró por medio de sus pueblos, y sus principios de paz, de amor y de fraternidad social enamoraron los pechos virtuosos, postrándose ante la sublimidad del nuevo sol de oriente que arrojaba torrentes de luz en el mundo todo; y aquella Roma que le diera cadenas por leyes y servidumbre por nacionalidad, fue vencida en su culto como lo había de ser luego en su política, cuando el águila huyese ante la cruz. A la voz de apóstoles atrevidos el pueblo gallego rompió sus ídolos, y rasgó el manto idólatrico de sus sacerdotes. Avergonzados los oráculos corrieron a ocultarse hasta la edad media, que se sentarían otra vez en su trono con el ropaje de la magia y de las ciencias ocultas, y Júpiter con todos sus dioses se sepultaron para siempre en el Olimpo. Las doctrinas religiosas del amor; que atesoraban el sistema político que las generaciones no han descubierto aún, explicadas por labios puros, y cuyas manos no se mancharan en la sangre de los sacrificios, hirieron las fibras de los corazones, elevaron su entendimiento y agitaron su imaginación; y cuando se hallaron dispuestos a hacer pedazos los dioses de sus padres, también se encontraron fuertes para romper el cetro de sus señores. La religión cristiana se asentó firmemente en Galicia, convirtiéndose en un culto nacional y presentando todas las facetas de los anales del cristianismo de las provincias septentrionales de España, variando alguna vez su fi-

sonomía por acontecimientos excepcionales, que también marcan su tipo y constituye la verdadera historia de nuestra patria. Cristiana, cual saliera de los sepulcros de Roma, arriana, semi-árabe, monástica e ilustrada, Galicia presenta cinco épocas en su historia religiosa muy fecunda en acontecimientos; en que lo especial y lo grande, la biografía y la crónica, la novela y la epopeya se reproducen con notable rapidez, influyendo extraordinariamente en todos los acontecimientos.

La religión, muchas veces apoyó al príncipe, pero otras alargó su mano al esclavo, y le inspiró pensamientos revolucionarios; dando ella misma el primer grito y empuñando la tea incendiaria, para destruir el alcázar de la tiranía. Abrasada en patriotismo juró conservar la independencia de Galicia y supo morir por ella; muchas veces también armó buques y los lanzó a las aguas del océano a humillar extranjeros, que intentaban ponernos cadenas; ¡oh! nuestras costas son un padrón de gloria para la teocracia gallega. Mas el fanatismo no fue derribado, aunque algún día el mismo pueblo llegó a poner sus manos en el templo.

Enlazada la historia religiosa de Galicia con la política y la social, explicándose una por otra, y produciendo el influjo religioso costumbres y aún instituciones; y las costumbres y las instituciones modificando y cambiando a su vez el espíritu religioso, gran interés presenta y es de suma trascendencia la *historia del cristianismo en Galicia*; y mucha gloria alcanzaría quien emprendiera esta obra, difícil y espinosa, por cierto. Nosotros creemos que la historia de Galicia debe comenzar por la de su religión y de su iglesia, y que la historia social y literaria sólo puede presentar el encadenamiento filosófico de los hechos, que forma un libro histórico y su verdadera unidad, después de escrita la primera. Todas las sociedades han visto amanecer su culto, antes que sus instituciones: el sacerdote llegó primero que el magistrado, y cuando apareció éste aquél tenía construido su altar...

En Galicia, la religión ha sido soberana y árbitra de sus destinos; siempre el sacerdote ha estado más alto que el rey. El fervor monástico, elevándose a una altura prodigiosa y amontonando la propiedad en manos de los ministros del culto, grandes obstáculos ha puesto al desenvolvimiento de las ideas civilizadoras, por la barrera que separó al pueblo de sus sacerdotes y de sus señores. Cuando en 1835 se acabó el poder monástico, cerca de cien casas de religiosos y más de cinco mil templos se levantaron en Galicia. Esto sólo revela su gran poder y la necesidad que hay, para organizar a nuestra patria según las ideas de la época, de estudiar el origen del cristianismo en Galicia, su desarrollo, sus progresos, el movimiento monástico de algunos siglos, y el influjo y poder religioso de los sacerdotes: la necesidad, en fin, de formar una historia religiosa escrita con la filosofía, que brilla en las concepciones de nuestro siglo.

Núm. 20 de "El Recreo Compostelano", pág. 307

Y O

Un ídolo se ha elevado sobre la humanidad desde que ésta pisó la tierra; inmóvil y fuerte como esas montañas sobre las que pasan en vano las oleadas de los pueblos, todas las naciones han danzado

y cantado en torno suyo, y ni en las horas de su gloria, ni de su desesperación osaron levantar la mano para arrojarle de su trono. Alto, muy alto han podido verle todos los hombres para correr a apiñarse a sus pies y disputarse el paso con el acero; lleno de resplandor han divisado a este mágico fantasma para rociar sus pies con sangre: ¡sangre!, sangre del hombre ha vertido otro hombre para alcanzar una mirada del tirano, que ríe, cuando todos lloran; y los siglos se deslizaron uno tras otro sin oír más que el ruido de las espadas y los ayes de las víctimas.

En tanto, nosotros preguntamos: ¿quién ha hecho a la humanidad sanguinaria y feroz consigo misma? ¿Quién envenenó su pensamiento y le ha desnudado uno a uno de sus sentimientos? La conservación del yo.

El individualismo ha derramado en la tierra todos los males que la enlutan; su pie ha removido todo lo pasado y su mano ha escrito con sangre una cruz de maldición en la frente del hombre. Ha buscado la vida para sí y la muerte para sus hermanos. Inventó guerras y destrucciones porque en ellas podía alcanzar oro, poder; y el oro y el poder se han visto halagados con el cetro del mundo. *Guerra perpetua a muerte*, estableció como su pacto social, y quien buscase fraternidad, hallaríala el día del combate, cuando las espadas se chocan y la sangre se mezcla. El verdugo ha mostrado su cuchillo sobre todas las cabezas, porque los hombres le han sostenido sobre sus hombros: ¿cómo pudiera cada uno disfrutar en paz su presa, si él no vigilase por todos, fuerte, dentro de su círculo de sangre? Pueblos y reyes, sacerdotes y esclavos han girado en torno del individualismo siempre, siempre, como una rueda de condenados; si alguno se separaba a un lado o a otro, se arrojaban todos sobre él y bebían su sangre y reían con sus gemidos. El yo ha hecho desgraciado al mundo; palabra fatal que apenas fue pronunciada por la boca del *segundo hombre*, resonó en todos los siglos como una carcajada de Satanás.

Núm. 20 de "El Recreo Compostelano", pág. 317

HISTORIA DE GALICIA. (Estudios sobre la Monarquía sueva)

Los acontecimientos que se atropellaran desde que furiosos demagogos clavaran el puñal en el corazón de César, habían abierto huellas profundas en el edificio romano, el que al amanecer el siglo V, aún se levantaba orgulloso y gigantesco, cargado con las glorias y los trofeos de cien reyes y naciones, que se desnudaran de sus galas, para que el pueblo-rey se mirase envanecido en las aguas del Tíber. Estos adornos del arte, hijos de los hombres, hacían estremecer al gran monumento para cuya construcción dieran su piedra todos los pueblos, cuyos fundamentos colocaran las manos de Rómulo, edificando Augusto su cúpula; y que para que todos los destinos sociales se cumpliesen, lo vería destruir él que heredara el nombre y la púrpura del matador de la hermosa reina del Nilo. El pueblo romano se había engalanado con las joyas de todos los pueblos, era forzoso que todos lo despojasen: hombres de combate que no olvidarán el camino enseñado por Breno y que ya no contemplaban a ningún virtuoso patricio sentarse en el templo de la justicia, para que pudiesen temer al civismo de los hijos de los Brutos y Camilos, no veían en Roma sino una prostituta envuelta

en púrpura, que apuraba el deleite en su agonía y a la que era preciso arrojar de su lecho de oro. *Los hijos de la noche* mirando a sus espadas con confianza, se apresuraron a ahogar al coloso adormecido voluptuosamente.

De improviso salieron de entre los hielos multitud de hombres robustos, llenos de juventud y que sedientos de conquistas se arrojaron sobre el mediodía de la Europa, para rejuvenecer al mundo en verdad, la segunda época de la sociedad europea brotó del triunfo de los soldados de Orin. Galicia, entonces, habiendo perdido su corona de laurel y su espada de soldado, sufría la esclavitud en silencio atada al carro imperial, esperando que el dedo de la providencia le señalase su día. Sin patria, sin libertad bendijo la hora en que los pueblos del norte aplicando el hacha al edificio de siglos, comenzaron a deshojar al imperio de sus laureles. Y cuando Alarico, dando al aire su bandera en medio de la que fuera capital del mundo, vio Galicia derribar a la orgullosa águila del capitolio y romper en mil pedazos el cetro de Augusto, se sonrió con la esperanza de un porvenir perdido en los combates y esperó... No fue en vano.

Estrecho parece el mundo a los vencedores: los despojos del coloso hollado por sus pies no bastan a satisfacer su sed de riquezas, y no hay soldado que no piense fundar un imperio sobre las ruinas del que desmorona su pica; deseo providencial que tendría formas colosales, mucho más tarde, en el corazón de Carlo-Magno. Invádenle todo, sin tregua, sin descanso y quisieran que los soldados de la república se levantasen de la huesa para gozarse en el espectáculo de verlos humillados a sus pies. Estas razas guerreras llevando la victoria en la punta de sus lanzas, levantan sus tiendas de campaña en las fértiles provincias de Italia, Francia y España, en la que extienden sus conquistas prodigiosamente. Las dulzuras de la bella Galicia también atraen a los destructores del imperio romano, quienes se mezclan con nuestros padres, por los que son mirados como libertadores.

Deshecho el poder romano en España a principios del siglo V ¿cuáles fueron los pueblos del norte que se establecieron en Galicia? Si leemos nuestra historia, más llena de glorias de lo que cree la vulgaridad que desprecia lo que no comprende, admiramos a los Suevos, dirigidos por el prepotente brazo de Ermenerico, y a los Vándalos, capitaneados por Gunderico, organizando una conquista y creando una monarquía en Galicia: los primeros, afianzando principalmente su poder en las costas oceánicas, consolidando los segundos su dominación en el centro. Veamos la marcha de estos conquistadores, que mezclándose y confundiéndose con los antiguos gallegos, dan origen a una nueva sociedad, a un nuevo pueblo, que crea otras leyes y otras instituciones, que adquiere otros instintos y otras necesidades; un pueblo, en fin, que se gobierna por sí mismo, lo que fue un inmenso progreso por cierto. Caminemos al lado de sus hechos, de sus guerras, de sus revoluciones, del espíritu nacional que alcanza con sus adelantos, de su decadencia, de su disolución; de la disolución sí, de la monarquía gallega llevada a cabo por un rey castellano. Nada de esto perdamos de vista, porque los estudios sobre la índole y las costumbres de la actual sociedad gallega revelan aún ese tipo providencial, distintivo de nuestros compatriotas e impreso por los hábitos e instituciones suevas, que aún no han borrado los siglos.

Campo dilatado a nuestras observaciones históricas iluminadas por una filosofía avanzada, sobre esta época, la más importante, fecunda y gloriosa de la historia de Galicia, ofrecen los escritos de nuestro compatriota el obispo Idacio, de Paulo Orosio, de Casiodoro, de S. Próspero, de Salviano, quienes contemplaron la ruina del Capitolio y los hechos esclarecidos de los vencedores de Roma. Si pluma nos pinta aquel acontecimiento grandioso que lo ha cambiado todo y en especial el obispo Idacio.

Galicia en el tiempo en que la estudiamos se extendía más allá de lo que hoy forman sus lindes naturales, como hemos dicho ya; y tres gobiernos por decirlo así se distinguían a un tiempo en nuestro suelo, el trono vándalo, el suevo, y los gallegos que conservaban su independencia y libertad. Muy luego los dos pueblos del Norte rompieron los lazos fraternales que los ligaban, y Galicia vio cruzarse las espadas de estos valientes, alcanzando Gunderico el triunfo sobre sus compañeros de glorias. Pero los suevos no se humillan ante el infortunio, concentran su poder en posiciones inexpugnables y no dejan otro laurel a Gunderico que ir plantar el pendón vándalo en su capital Braga. Envanecido con el triunfo, ve un mundo de conquistas y se arroja sobre los pueblos que reconocen el poder romano: infatigable en su empresa, corre las ciudades mediterráneas, proclamando en todas partes la destrucción de Roma. El genio suevo se hace más grande en medio de la desgracia, medita el momento de recobrar la corona perdida en los campos de batalla y de improviso sube las murallas de Braga y reconquista su poder.

He aquí el principio de una época disinguida. En 425, asegurando los suevos su poder, con el afianzamiento de una capital, cual es Braga, tan necesaria para hacer fuerte el espíritu nacional, ponen los cimientos de la gran monarquía de su nombre, que sólo un monarca criminal alcanzó derribar. Redondeada su conquista con la fusión de gallegos independientes y suevos vencedores, amanece para Galicia una era radiante de gloria, de consoladores recuerdos y fundadas esperanzas, para nosotros los hombres de una época escéptica, sin amor y sin fe.

Grandes obstáculos se opusieron a la formación del nuevo pueblo en que dominaban de suyo elementos tan opuestos y sólo el cristianismo que ya cortara las cadenas al esclavo, pudo encender en el corazón de guerreros indómitos los sentimientos de amor y fraternidad. Honor del sacerdocio cristiano es haber producido en Galicia, como en los demás pueblos de Europa, la fusión de vencedores y vencidos; consolando a éstos y suavizando a aquéllos, ha sido como alcanzó el esclarecido triunfo, de inspirar a los suevos las ideas y los sentimientos de los gallegos y hacer tomar a éstos las costumbres de los vencedores; lo que fue la base primordial de la unidad que se formaba por entonces en Galicia.

La unidad nacional que engendra esta monarquía toda joven, toda guerrera, toda religiosa, produce elementos creadores que llevan nuestros padres a los sacrificios esclarecidos y a los hechos gloriosos. En torno del trono se reúnen tantos elementos de fuerza como hacen improvisamente por decirlo así, y la vida moral y política de la sociedad gallega se manifiesta de mil maneras, siendo el monarca el ejecutor de sus pensamientos; pensamientos que iremos estudiando sucesivamente.

*¿Qué le queda a la inspiración?
El suicidio del genio —el silencio,
el suicidio del hombre—, la muerte.*
A. NEIRA.

Sálvense los principios, perezcan las colonias, clamaba en medio de la Europa conmovida el rayo de la revolución; pensamiento lleno de vida, elevado a doctrina de una escuela, de una generación, de una época; fisonomía de una idea política que nosotros queremos dar a otra literaria, que de la tribuna la llevamos nosotros a la cátedra, del orador al libro, de la religión de la política, al mundo literario.

Conservemos los principios, las verdades, núcleo de las ideas, de los escritos, de los libros, rodeémoslos de religión, de santidad, mas perezcan las formas, córtese el lazo de las reglas, la cadena de los preceptos, sacúdase el peso de lo establecido. El ornato de las ideas, las galas del pensamiento, dispensad al autor la facultad de crearlas; que fabrique su molde, que también cada abeja construye el suyo: dejad al impresor la edición de la obra. Respetad, en buen hora, lo creado, lo formulado, lo escrito, pero no forcéis al genio que nace, ese ángel que sacude las alas del lodo que salpica la carroza de orgullosas capacidades intelectuales, que se arrojan como el buitres sobre toda alma que es iluminada por la inspiración: no le arrastréis al altar donde tantos se arrodillaron que, al verse detenido en su primer vuelo, caerá para no aletear nunca. Atended a la lectura de su manuscrito, y no le habléis ni de modelos, ni de preceptos, que él edificará un mundo para sí.

Y es cierto, que cuando la sociedad ha caminado, rota la cadena de la tradición, escarnecida su conciencia, sin esperanza, sin fe, porque su brazo deshizo autoridad y creencias, marchaba por la senda más espléndida de gloria, más fecunda en poder, en creación, en vida. Pues bien, el entendimiento, la imaginación, el autor, el libro, llevan tras de sí todo lo gigantesco, cuando piensa, cuando crea, cuando escribe, sin guía, sin dirección, sin brújula: cuando no detiene el torrente de pensamiento la valla de la tradición, de la autoridad, de las formas, de las reglas en fin.

Libertad, emancipación desea el genio para sus obras, y la pide con justicia y con razón en nombre de esa misma libertad, de esa misma emancipación que los hombres han escrito en el libro de sus derechos. Conservaré los principios, la verdad, el pensamiento civilizador que jamás muere, que circula por todas las páginas del libro, el pensamiento intuitivo que se anida en el corazón moderno, pero rasgaré los preceptos y las leyes de los hombres que el mundo llevó ya al panteón; dice el genio. Si nada queréis de un pasado que escarnecisteis, cuando cortásteis la cabeza a un rey e hicisteis polvo los templos, no nos obliguéis a nosotros, flores de una hora, soles de un día, a besar la losa de nuestros padres.

Esos preceptos carcomidos pesan como plomo sobre el genio, apagan la inspiración, matan al numen. Si no nos queréis dar aire, libertad, no nos entreguéis ese libro que os devolveremos en blanco. No nos pidáis que demos vida a vuestras proezas en ese lienzo, con tintas ajenas. Dejados libres, que las reglas como espesas nu-

bes absorben la luz que arroja nuestra imaginación, porque enflaquece la esclavitud nuestro pensamiento.

Así clama la juventud, esa juventud, que *así formula una revolución de 30, como se apiña bajo las rejas de Santa Pelagia*: tal es el grito de esta generación que ni sintió las oleadas del pueblo vencedor de trece siglos, ni vio al tirano de Saint-Cloud en su caballo de batalla, pero que oyó los arrebatos de gozo de un pueblo que cubría los cementerios de coronas de rosas. Es la juventud contemporánea, la juventud de los liceos y de las barricadas que con un pensamiento en el alma y con deber en el corazón maldice al siglo que abrió el santuario de la ley a masas ignorantes, y no alcanzó sacudir las cadenas del pensamiento, romper los lazos del talento, representados en las reglas y en las formas, proclamar, en fin, para la literatura la emancipación que proclamó en política y en religión. La mitad de la obra social se ha concluido, para la otra mitad se amontonan materiales y escasean artifices. Vedla desertar de las aulas, despreciar a sus maestros, reunirse por sí sola llena de confianza en sí misma y en la extensión de su pensamiento; busca la libertad antes de coger la pluma, y su mayor placer es rasgar las páginas de los que pasaron.

Y fuerza es ya sancionar estos principios, admitir estas quejas que entristecen los triunfos; y si en su odio a lo pasado se descaerían de lo bueno por huir de lo peor, preciso es absolverlos, disculparlos, olvidar sus extravíos, su exageración, su entusiasmo: porque entusiasmo hierve en sus venas y se agolpa en su cabeza. Confiemos en ella, que atraviesa el mundo guiada por una estrella del cielo, cuyos rayos no se oscurecen, sin odios, sin venganzas, contenta con su esperanza: una rosa para su corona, un recuerdo en el porvenir.

Sálvense los principios, perezcan las reglas, decimos nosotros con ella, sin proclamar el trastorno y la anarquía literaria, esa nueva Babel que producirá sin remedio la obstinación de los doctrinarios. Hollemos la autoridad, ahuyentemos los hombres de la fórmulas, inflexibles matemáticos de un frío cálculo, de un combinado interés que hiela el pensamiento, que nubla las más bellas inteligencias, y que disipa las esperanzas de tanto entendimiento, de tanto talento, de tanto pensador atado a la rueda de los preceptos y de los maestros. Hora es ya de levantar su brazo esa juventud, que se atasca sin caminar a ningún lado a la entrada del panteón, anhelosa por dispersar las cenizas de fríos doctrinarios, que han ejercido la oligarquía en medio de una sociedad inteligente. Abramos el camino, demos libertad a tanto genio, si no nos complacemos en ver al mundo literario salir del centro de sus movimientos. Nadie se salvará de la tormenta, ni volverá a mirar el orden y la armonía de esta sociedad que se conmueve, se lamenta, de la que sale ahora una amarga queja que es el eco de todos los corazones. Y el combate habrá de suceder, porque de lo contrario perecerá la juventud...

Núm. 23 de "El Recreo Compostelano", pág. 355

ÚLTIMAS CONSIDERACIONES SOBRE GALICIA

A la luz que desprende la crónica y la tradición, hemos podido leer el pasado de Galicia, y por el prisma de los siglos admiramos

los cuadros más brillantes de la vida política y moral de la sociedad gallega, sin descarriarnos por las tortuosidades intelectuales a que nos arrastran las ideas de nuestros padres, sin extraviarse nuestro pensamiento en las visiones poéticas que crea el amor patrio. Acompañados de la filosofía histórica, y guiando el genio de la verdad nuestros estudios, hemos procurado desenvolver ese hilo de Ariadna que forma nuestra historia, y nuestro pasado. Vivamente conmovidos por un vago instinto de mejora para nuestra patria, que anima nuestro pecho de joven, aventuramos algunos pensamientos a los que nuestra imaginación intentó dar vida, no sin haber atormentado antes nuestras ideas, para comprender ese jeroglífico que el mundo apellida pasado.

No hemos ido descaminados en nuestra obra, y para anunciar lo que podemos ser, hemos intentado decir lo que hemos sido. Nosotros al porvenir lo hemos hecho nacer de lo pasado, porque esa cadena invisible cuyos extremos se anudan en la mano de la providencia, no está cortada para nosotros que creemos que después de ocultarse hoy el sol, aparecerá mañana más brillante en el horizonte de oriente. Al correr Galicia todas las facetas sociales en busca de esa felicidad, cuyo vago anhelo se anida en todos los corazones, se ha estrellado siempre contra la misma organización social de la que brotan todos sus males, males que devoran su existencia moral consumiendo lentamente su actividad política. *El aislamiento de las poblaciones*, he aquí la causa de todos los males de Galicia, y el obstáculo invencible a todo progreso que se intente, a toda mejora que se formule. Este secreto que no ha sido enunciado, y que menos que un enigma será para algunos una utopía, sin base que estribe en la observación y en el estudio de los pueblos, es para nosotros el nudo gordiano del porvenir de nuestra patria; y la espada que la corte dará a la pobre Galicia, inteligencia, riqueza, prepotencia, y nacionalidad también. Cuestión radical, de inmensa trascendencia, que alguno después de nosotros la hará ver tan clara como la luz, atesora su resolución la suerte de nuestra patria, y la vida política o la muerte social de LAS CUATRO PROVINCIAS UNIDAS que forman el antiguo reino de Galicia.

Las más portentosas creaciones de los pueblos y de las naciones, cuyo carro de triunfo ha dado vuelta al mundo, reconocen su origen en los elementos de relación y actividad humana, que han inventado su origen en los elementos de relación y actividad humana, que ha inventado el espíritu de los artistas y de los filósofos. Cadmo y Guttemberg aparecen, sin duda alguna, como los dos colosos que ha producido la humanidad en su mayor esfuerzo, pues ambos dieron otra vida a los hombres y otro mundo a la sociedad. Descubrieron un océano de riquezas que no agotarán los siglos, mostrando a los pueblos los medios más fecundos de dilatar su capacidad intelectual, y de hacer un cambio recíproco de ideas y de intereses, cambio de en medio del que se levanta la civilización con todos sus encantos. La brújula y el vapor se aunaron enseguida para destruir el aislamiento social, el espíritu de tribu, nacido en el siglo V, y Cadmo y Guttemberg, Garay y Goya, cambiaron el mundo después de algunos sacudimientos sociales. En los pueblos donde ellos ejercieron sus caminos y canales, la navegación y el saber aceleraron el movimiento social más allá de lo creíble, y las grandes poblaciones hicieron fuerte el espíritu nacional. De ahí países como la

Alemania, la Francia, la Inglaterra: de ahí poblaciones, como Londres, París y Viena.

La nulidad y la desgracia pesarán eternamente sobre Galicia, mientras no desaparezca ese aislamiento asombroso, que nada significa para la vulgaridad, ese espíritu de tribu que se oculta a las miradas de la mayor parte, esa falta, en fin, de relaciones y de actividad social tan remarcable en nuestra provincia. Y en verdad, la parte oriental de Galicia es la que revela más grandemente esta postración social que la devora, no conociendo apenas ningún comercio ni de ideas, ni de intereses con la occidental, algo más ilustrada y en mejor estado para las reformas que formule el genio. Las cuatro provincias de Galicia presentan una población que se extiende más allá de millón y medio de hombres, que habitan, en su mayor parte, países productivos y deliciosos, eminentemente favorables a la cultura del espíritu humano, pues la providencia amontonó riquezas en el suelo gallego, capaces de colocar nuestra patria en el primer lugar entre los pueblos que disponen de los destinos del mundo.

No obstante, Galicia, con sus cien leguas de costas, con sus numerosos puertos, con sus grandes recuerdos de independencia y nacionalidad, con su admirable situación para el comercio de occidente y con sus trescientos mil vecinos, ¡hecho prodigioso! no ve levantarse en su suelo una ciudad que llegue a tener treinta mil habitantes, siendo además muy limitado el número de sus poblaciones grandes, comparado con el total de sus vecinos. Una gran necesidad que anubla el más bello porvenir que puede idear nuestra imaginación, pesa sobre nuestra patria, teniendo su origen en lo desparramado de la población en general, y es la falta de una verdadera capital que sea el núcleo de la unidad política. La mayor ciudad de Galicia, La Coruña, no cuenta más allá de veinte y nueve mil habitantes; ¡y el total de su población se acerca a dos millones! Esparcidos prodigiosamente sin medios de comunicación, por la falta de caminos y canales, sin industria, sin acción literaria, elementos todos que llevan la actividad y la vida a los lugares más distantes, esas pequeñas poblaciones rurales que cubren el suelo gallego parecen estar fuera del influjo de la civilización, apesar de formar la gran masa de la sociedad gallega, por lo que llevamos manifestado. Pobres y humillados atraviesan los años sin extender su capacidad intelectual, sin anudar sus intereses populares, a merced de cualquier gobierno bueno o malo, pues falta la unión, la centralización, el espíritu nacional que pudiera oponerse para alcanzar el triunfo.

Sin movimiento alguno ni industrial, ni comercial, ni político, ni literario, fruto de lo extraordinario y excepcional de la situación estadística, Galicia sólo puede esperar su resurrección moral y política de la destrucción de su aislamiento social, y creando una capital cuya población pudiera alcanzar a cien mil almas, que fuese la segunda Lisboa, o la Barcelona del océano: ella sería la base más firme de la unidad nacional, y el centro del movimiento universal de la gran familia gallega.

¡Oh!, cuanto más estudiamos nuestra situación, más vivamente reconocemos la división, la excentralización, el aislamiento de Galicia: siempre ciudad, nunca patria, jamás nación. Y triste es ciertamente anunciar, que el único medio de felicidad para nuestra patria, es borrar la verdad que hemos formulado con toda sencillez,

aunque sin haberla desenvuelto como quisiéramos. Nosotros la hemos bosquejado, tal vez con los rasgos del jeroglífico: algún día vendrá quien reuniendo todas las letras de nuestra fórmula, presentará muy claro lo que nosotros no hemos podido hacer. Entonces acaso llegará a ser un sentimiento general el que Galicia, que ve al oriente, montañas, al sur, ríos y montañas, al occidente y al norte, mar, inmensa, y con lo que abriga en sí misma, bien puede alcanzar lo que fue, lo que no es, lo que habrá de ser...

Diciembre, 22.

A. FARALDO

Núm. 24 de "El Recreo Compostelano", pág. 371

